

Evangelii nuntiandi y *Evangelii gaudium*: ¿El mismo paradigma misionero?

Continuidades, novedades y desafíos

SUMARIO

El artículo propone abordar la perenne y presente novedad del paradigma misionero del Evangelio de Jesús, indicado en *Evangelii Nuntiandi* y *Evangelii Gaudium* de Pablo VI y de Francisco respectivamente. Lo hará en tres etapas sucesivas y vinculadas. La primera sobre la imagen de Dios que señalan ambos documentos pontificios: una aproximación al misterio trinitario-cristológico que lleva, en la otra etapa de estudio al despliegue de la imagen de la comunidad de discípulos misioneros de Cristo (la Iglesia) que será la responsable del depósito de la revelación. En el otro paso aborda la comunicabilidad con algunas de sus continuidades, novedades y desafíos del paradigma misionero proclamado por Jesús y proseguido por la Iglesia en nuestro tiempo. Luego brinda algunas conclusiones a la luz de lo reflexionado.

Palabras clave: misión, Trinidad, Cristo, Iglesia, comunicación, misericordia, justicia.

Evangelii Nuntiandi and *Evangelii Gaudium*: The Same Missionary Paradigm? Continuities, Novelties and Challenges

ABSTRACT

The article intends to address the perennial newness of the missionary paradigm of the Gospel of Jesus, as stated in *Evangelii Nuntiandi* and *Evangelii Gaudium* of Paul VI and Francisco respectively. It will present it in three successive and linked stages. The first on the image of God, indicated in both papal documents: an approach to the Trinitarian-Christological mystery that leads, in the other step of the study to the development of the missionary community image of Christ' disciples (the Church), which will be the responsible of the revelation deposit. In the other step, it addresses the communicability, with some of their continuities, developments and challenges of the missionary paradigm proclai-

med by Jesus and continued by the Church in our time. Finally, it provides some conclusions in the light of the reflections.

Keywords: mission, Trinity, Christ, Church, communication, mercy, justice

Introducción

Dos Exhortaciones Apostólicas en el período eclesial del pos Concilio Vaticano II vuelven la mirada a la urgencia y la alegría de evangelizar. Ambas desde sus contextos y sus fuentes primigenias (sendos Sínodos de Obispos), orientan rumbos para transitar la conversión, la misión y la reforma en la comunidad de discípulos misioneros. De alguna manera las dos Exhortaciones recogen las preguntas lanzadas en el aula conciliar por los Cardenales Suenens y Montini en diciembre de 1963: “¿Iglesia ¿quién eres? e Iglesia ¿cuál es tu misión?”¹

Preguntas que fueron vertebrando las reflexiones del Concilio Vaticano II, un concilio de la Iglesia sobre la identidad y la misión de la Iglesia; cuestiones que encuentran respuestas en estas Exhortaciones, que sin ser tratados eclesiológicos o misionológicos, brindan orientaciones para identificar y renovar la vida y la misión de los creyentes en Cristo.

En esta reflexión nos proponemos abordar la eterna y actual novedad del paradigma misionero del Evangelio de Jesús, en tres etapas conexas. La primera acerca de la imagen de Dios que relevan ambos documentos pontificios: una aproximación al misterio trinitario-cristológico que lleva, en la otra etapa de estudio al despliegue de la imagen de la comunidad de discípulos misioneros de Cris-

1. ÍNDICE DE SIGLAS:

- DA: Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe, *Documento de Aparecida*
- DCE: Benedicto XVI, *Carta encíclica sobre el amor cristiano*
- DP: Conferencia Episcopal Latinoamericana, *Documento de Puebla*; EG: Francisco, *Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio*
- EN: Pablo VI, *Exhortación apostólica postsinodal sobre la evangelización*
- ES: Pablo VI, *Carta encíclica sobre el “mandato” de la Iglesia*
- GS: Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual*
- LG: Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia*
- NMA: Conferencia Episcopal Argentina, *Documento “Navega Mar Adentro”*

to que será la responsable del depósito de la revelación, es decir la Iglesia. En el otro paso abordamos la comunicabilidad con algunas de sus continuidades, novedades y desafíos del paradigma misionero proclamado por Jesús y proseguido por la Iglesia entre los hombres y mujeres de nuestro tiempo. El lenguaje y la comunicación del Evangelio ocupará ese momento a reflexionar. Luego brindaremos algunas conclusiones a la luz de lo recogido en los tres momentos indicados.

Sabemos que el papa Francisco se identifica con la *Evangelii Nuntiandi* (EN) como legado maduro del papa Pablo VI, aún cuando en *Evangelii Gaudium* (EG) no sigue la estructura de la anterior, recoge el sustrato evangelizador del papa Montini en la suya. Dos pastores, dos pastoralistas que en fidelidad al Espíritu lanzan a la Iglesia a compartir la alegría del Evangelio (cf. EN 80. EG 2-8).

1. ¿Qué imagen de Dios identifica estas Exhortaciones Apostólicas?

Iniciando este desarrollo analítico de EN y EG, queremos detenernos, en primer lugar, en un interrogante que consideramos esencial, al abordar el punto de partida u origen de nuestro estudio. El mismo se encuentra explicitado del siguiente modo: “¿Qué imagen de Dios quieren presentarnos EN y EG?”. A través de esta cuestión, buscamos aproximarnos primeramente a un breve abordaje sobre el Dios Uno y Trino que ambos documentos ponen de manifiesto.

Desde esta perspectiva, Pablo VI consideraba –en EN– que Dios es el Creador. Además, el pontífice explicitaba que esta imagen no hace referencia a un poder anónimo y lejano, sino que presenta a Dios como Padre (cf. EN 26).

Décadas después, el papa Francisco afirmaba que se trata del Dios Señor cuyo amor y ternura no se han acabado. Este amor inmenso, salvífico y bello se ha manifestado en Cristo muerto y resucitado (cf. EG 6. 11. 36).

Los dos enfoques nos permiten descubrir que hablar de Dios y reconocerlo como Padre y Señor nos conduce al Hijo. En pocas palabras, el Padre y el Hijo son uno –tal como sostiene el cuarto evange-

lio– (cf. Jn 17,10). En este contexto, conocer al Padre, ser conocido por él, verlo y entregarse a él es una alegría que el Hijo anuncia como núcleo y centro de su Buena Noticia (cf. EN 9).

De este modo, descubrir a Dios Padre presente en el anuncio del Hijo forma parte de un proceso humano que se origina a partir de un encuentro teo-antropológico o bien, un encuentro personal entre Jesucristo y el hombre. En este contexto, el hombre descubre –a través del Verbo hecho carne– a un Dios que lo amó primero (cf. 1Jn 4,19), siempre e incondicionalmente. En otras palabras, la certeza de esta experiencia se encuentra en descubrirse infinitamente amado por Dios, más allá de todo (cf. EG 6).

Se trata de una experiencia profunda e intensa que –desde su autenticidad– invita al hombre a compartir con otros, la caridad divina. De este modo, se le presenta al mismo un desafío de carácter permanente: anunciar, enseñar y testimoniar este amor que lo precedió y eligió. En otras palabras, se le pide al hombre que muestre a todo hombre que Dios lo ama inmensamente y que le dice al corazón: ¡es bueno que vos existas!² Así, cada hombre es una misión en la tierra y para eso está en el mundo –agrega Francisco– (cf. EG 273).

1.1 El amor de Dios Padre presente en la cotidianidad del Dios Hijo

Si la afirmación Dios es Creador, Padre y, como tal, nos ama, es brindada claramente por EN y EG; sin embargo, la misma también nos lleva a preguntarnos: “¿Qué identidad continúa asumiendo este Dios Creador, Padre y que nos ama?”.

El papa Pablo VI, desde su Exhortación Apostólica, nos responde que dicha identidad se ha hecho visible en la doctrina, la vida, las promesas del Hijo de Dios hecho hombre (cf. EN 22. 27). Profundizando esta última premisa, Montini “describe” así la vida de Cristo a partir de la primacía de la palabra y de los signos.

En este sentido, la primera dimensión muestra a Jesús, predicador infatigable que enseña de una manera nueva, llena de autoridad,

2. Cf. V. M. FERNÁNDEZ; C. M. GALLI, *Discípulos misioneros, Un marco teológico-pastoral para la Quinta Conferencia de Aparecida*, Buenos Aires, Agape, 2006, 71.

mediante palabras de gracia (cf. Mc 1,27; Lc 4,22). “Sus palabras develan el secreto de Dios, su designio y su promesa” (EN 11).

Así mismo, el pontífice subraya una segunda dimensión que distingue al Hijo de Dios “por medio de innumerables signos que provocan estupor en las muchedumbres y que al mismo tiempo las arrastran hacia él para verlo, escucharlo y dejarse transformar por él: enfermos curados, agua convertida en vino, pan multiplicado, muertos que vuelven a la vida” (EN 12). En este contexto, subraya un signo de gran importancia: los pequeños y los pobres son evangelizados y se convierten en discípulos del mismo Jesús (cf. Lc 4,43; Jn 11,52).

Enriqueciendo este aporte, el papa Francisco añade que –mediante estas actitudes– Jesús es el evangelizador por excelencia, el Evangelio en persona que se identifica especialmente con los más pequeños, pobres y enfermos, despreciados y olvidados (cf. Mt 25, 40; Lc 4,43; 14,13; EN 6. 7. 8. 10. 12; EG 48. 209).³

Contemplando esta imagen del Padre presente en el Hijo caemos en la cuenta del profundo amor de un Dios hecho hombre que abrazó la cercanía como actitud evangelizadora de cada día. Éste es el rostro viviente, la identidad del amor divino que ilumina la vida del hombre desde un encuentro personal y transformador. Por ello, el papa Bergoglio afirma: “Jesucristo te ama, (...) y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164).

Haciendo memoria de estas cualidades, caemos en la cuenta de la manifestación de la imagen del Padre en la vida terrena del Hijo (cf.

3. Esta imagen del Hijo considera como antecedente lo que el papa Francisco (siendo arzobispo de Buenos Aires) trabajó conjuntamente con los obispos argentinos en el documento “*Navega Mar Adentro*”. En este material se describía a Jesús de Nazaret como aquel hombre sencillo y trabajador, buen vecino, ciudadano honrado, que quiere a todos y abierto al diálogo (cf. NMA 53).

Dentro de esta óptica, otro antecedente de dicha imagen se vio claramente explicitado también en el *Documento de Aparecida*, en donde el Cardenal Jorge Mario Bergoglio –junto a los obispos latinoamericanos y caribeños– afirmaban: “Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida. Lo vemos cuando se acerca al ciego de nacimiento (cf. Mc 10,46-52), cuando dignifica a la samaritana (cf. Jn 4,7-26), cuando sana a los enfermos (cf. Mt 11,2-6), cuando alimenta al pueblo hambriento (cf. Mc 6,30-44), cuando libera a los endemoniados (cf. Mc 5,1-20). En su Reino de vida, Jesús incluye a todos: come y bebe con los pecadores (cf. Mc 2,16), sin importarle que lo traten de comilón y borracho (cf. Mt 11,19); toca leprosos (cf. Lc 5,13), deja que una mujer prostituta unja sus pies (cf. Lc 7, 36-50) y, de noche, recibe a Nicodemo para invitarlo a nacer de nuevo (cf. Jn 3,1-15). Igualmente, invita a sus discípulos a la reconciliación (cf. Mt 5,24), el amor a los enemigos (cf. Mt 5,44), a optar por los más pobres (cf. Lc 14,15-24)” (DA 353).

EN 7). Esta mutua vinculación se ve reflejada en la vida que Jesucristo comparte con el hombre, a partir de cada gesto gratuito presente en lo cotidiano (cf. Mt 8,5-13; Mc 1,16-20; Lc 10,38-42). De esta manera, los documentos EN y EG destacan una “primera” actitud fundamental que identifica al Señor: estar al lado de, cerca de... todos, en la vida de cada día (cf. Mc 16,15; EN 49; EG 28. 31). En este ámbito, la presencia del Padre manifestada en el Hijo nos expresa un paradigma misionero cimentado en un amor profundo por el hombre y su realidad (cf. EN 79) y proyectado en la fraternidad creciente.

Retomando el interrogante que nos planteábamos al inicio de este punto, podemos sostener: la identidad del Dios Creador y Padre se hizo realidad en la cercanía constante y amorosa del Hijo. Dicha respuesta lleva a considerar, al papa Francisco, que toda actitud evangelizadora despertará la adhesión del corazón de cada hombre si tiene presente estos gestos que encarnó el Nazareno (cf. EG 42).

1.2 El amor de Dios Padre plenificado en el Misterio Pascual del Dios Hijo

EN y EG nos muestran un Dios cercano y misericordioso que se hace visible en la ternura de un humilde hombre de Nazaret; sin embargo, esta afirmación todavía es parcial y aún, constituye una síntesis limitada. Necesita, en efecto, de una segunda respuesta que “corone” el amor de Dios latente en su cercanía con la vida del hombre.

Descubrimos así la plenitud del amor del Hijo en la cruz y el sepulcro vacío (cf. Jn 19,28-30; 20,1-10). En otras palabras, Muerte y Resurrección nos ofrecen el horizonte definitivo de la misión salvadora del Dios hecho hombre y las claves del mensaje evangelizador. Así lo expresaba el papa Montini: “La evangelización (...) debe contener siempre –como base, centro y a la vez punto culminante de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres” (EN 27). Y en la misma sintonía, el papa Bergoglio sostenía que el anuncio fundamental se encuentra en el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad (cf. EG 128).

Así, el mensaje evangelizador es un mensaje de Vida en donde “toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida” (EG 265). De esta manera, la vida plena del Resucitado, “toca” y convierte la vida de cada hombre desde sus luces y necesidades concretas (cf. EN 29; EG 95. 265). Convierte el corazón y su destino (cf. EG 10; EN 11). En esta óptica, el Dios de Jesucristo es el Dios Viviente, el que da la vida y que indica la senda de la vida plena.⁴ “Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo” (EG 266), aporta Francisco en su documento.

Vinculando este horizonte con el eje anterior, podemos afirmar que la cercanía cotidiana del Nazareno tiene por meta llegar a la totalidad del amor, mensaje radical que San Pablo comunicaba a los gálatas: El Hijo de Dios me amó y se entrego por mí (cf. Ga 2,20). De esta manera, la identidad de este Dios amoroso conlleva una “segunda” expresión fundamental: entregar la propia vida por todos.

1.3 Padre-Hijo: un amor actualizado en el Dios Espíritu Santo

En este momento de la reflexión, queremos destacar un aspecto clave dentro de la teología trinitaria presentada por EN y EG: la actualización del Amor Padre-Hijo. En este sentido, señalábamos que el descubrimiento de este Amor implica un proceso que se origina en un encuentro personal entre Dios y el hombre. No obstante, este proceso exige renovación a lo largo de la vida de la persona.

Este aspecto aparece expresamente acentuado en los dos documentos de nuestro estudio. A partir del último capítulo (tanto de EN como de EG), ambos pontífices valoran explícitamente el agente que vivifica y renueva la imagen del Padre manifestada en el Amor del Hijo. El mismo es el Paráclito, el Espíritu Santo. Él infunde la fuerza para anunciar la novedad de este Amor (cf. EG 259). Además, permite discernir los signos de los tiempos –signos de Dios– que la evange-

4. Cf. FRANCISCO, “Celebrar al Dios de la vida”, en: FRANCISCO, *La alegría de evangelizar*, Buenos Aires, Ágape, 2013, 40.

lización descubre y valoriza en el interior de la historia –subraya el papa Pablo VI (cf. EN 75) –.

De esta manera, el mensaje magisterial es claro:

“No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo (...). Él es quien hoy, igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar (...). Él es el agente principal de la evangelización” (EN 75).

Teniendo presente las consideraciones de Montini y Bergoglio, se descubre la tercera persona de la Trinidad como la fuerza que alienta al discípulo misionero a seguir comunicando la experiencia del encuentro personal y transformador que ha vivido con el Dios del Amor y la cercanía.

Además, el Espíritu actúa como la luz que permite reconocer el rostro del Hijo presente en la historia. En este sentido, nos enseña a mirar con los ojos de Cristo, a vivir la vida como la vivió Cristo, a comprender la vida como la comprendió Cristo.⁵ En definitiva, el Espíritu Santo nos permite redescubrir el rostro del Padre, presente en el Hijo y actualizado en las búsquedas del discípulo misionero y en los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares.

Dentro de este panorama, la donación (entrega) de quienes siguen el camino del Resucitado, “en medio de las actividades y preocupaciones de cada día” (NMA 17), es obra del mismo Espíritu. Pablo VI destacaba este fruto, considerando la presencia de ministerios diversificados (sin orden sagrado) que colaboran cotidianamente en la acción evangelizadora desde las realidades temporales (cf. EN 73). Así mismo, Francisco –en su exhortación apostólica– nos recuerda:

“(…) cuántos cristianos dan la vida por amor: ayudan a tanta gente a curarse o a morir en paz en precarios hospitales, o acompañan personas esclavizadas por diversas adicciones en los lugares más pobres de la tierra, o se desgastan en la educación de niños y jóvenes, o cuidan ancianos abandonados por todos, o tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, o se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha inspirado el Dios hecho hombre” (EG 76).

5. Cf. FRANCISCO, “El Espíritu Santo, fuente inagotable de vida”, en: FRANCISCO, *Que no les roben la esperanza*, Ágape Libros, Buenos Aires, 2013, 63-67.

Así, desde ambas valoraciones, las Exhortaciones indican que el encuentro personal con el Padre se renueva a lo largo de la vida del discípulo misionero. Esto nos invita a pasar “del encuentro” a “los encuentros”, reconociendo al Señor que cambia la vida (cf. DA 29) en diferentes y múltiples rostros que buscan hacer presente el amor pleno que tuvo lugar en la Cruz y la Resurrección. En este contexto, el Espíritu Santo actúa también como el abogado, permitiéndonos redescubrir al mismo Dios.

Habiendo realizado un breve desarrollo hasta aquí, podemos ir sintetizando una posible imagen del Dios Uno y Trino, ofrecida desde EN y EG. Se trata del Dios, cuyo amor buscó, llegó a todos y alcanzó su plenitud en todos a través del Misterio Pascual. El mismo amor quiere actualizarse y renovarse en cada circunstancia de la historia, mediante la acción del Espíritu Santo que permite descubrir nuevamente la riqueza del verdadero amor que está presente en la vida del hombre.

Presentada esta imagen, deseamos a continuación destacar otro aspecto clave en EN y EG: la imagen de la Iglesia que destacan, a lo cual nos abocaremos seguidamente.

2. ¿Qué imagen de Iglesia identifica EN y EG?

Nos detendremos en algunas de las principales características distintivas de la Iglesia que ambos documentos nos proponen. En este sentido, el Papa Montini afirmaba:

“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor. Pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, ella necesita saber proclamar “las maravillas de Dios” (Hech 2, 11, 1Ped 2, 9), que la han convertido al Señor, y ser nuevamente convocada y reunida por él. En una palabra, esto quiere decir que la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio. El Concilio Vaticano II ha recordado y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar insistentemente este tema de la Iglesia, que se evangeliza a sí misma a través de una conversión y una renovación constante, para evangelizar al mundo de manera creíble” (EN 15).

Estas palabras de Pablo VI nos permiten ir delineando un horizonte general sobre la concepción eclesial que él mismo pone de relieve. Así, relejendo EN 15, podemos descubrir tres conceptos que caracterizan principalmente a la Iglesia, de acuerdo a las palabras de Montini. Los mismos son: Comunidad de creyentes; Comunidad inmersa en el mundo y Comunidad discipular.⁶ Reflexionaremos estas implicancias.

2.1 El Cristo misionero: fundamento de la Iglesia creyente

El primer concepto aborda a la Iglesia como “comunidad de creyentes”. Esta aproximación se relaciona directamente con el eje central, “objeto” de nuestra fe: Cristo. En Él creemos, a Él le creemos. En este sentido, la profundidad de dicho acto de fe nos invita nuevamente a recordar y contemplar la imagen del Dios Amor, cercano y misericordioso que se hizo hombre en Jesús de Nazaret. En esta perspectiva, el Señor es “objeto” de fe y así mismo fundamento de la Iglesia. El testamento pastoral de Pablo VI nos recuerda esta mutua implicancia: la misión de la Iglesia se prolonga como continuidad de la misión de ese Cristo, en quien creemos. En otras palabras, diríamos que el mandato de la Iglesia no es otro que hacer presente (hoy) el amor de Cristo a todos los hombres.

De esta manera, la Iglesia, como comunidad creyente, es evangelizadora dado que está llamada a anunciar el Kerygma que impulsa la fe. En este contexto, EG enriquece este apartado ofreciendo posibles propuestas que buscan hacer realidad este continuo desafío.

La primera de ellas consiste en estar cerca de la vida de la gente. Esta invitación nos pide involucrarnos, con obras y gestos, en la vida cotidiana de los demás. Dicha actitud encuentra su fundamento en la vida del mismo Jesús, quien tomó la iniciativa primeriendo en el amor (cf. 1Jn 4,10). En este marco, el papa Francisco aclara que el Señor se adelantó, tomó la iniciativa sin miedo, salió al encuentro, buscó a los

6. Resulta necesario aclarar que estas tres categorías nos permitirán analizar no sólo este punto de EN, sino también nos posibilitarán vincular a la Iglesia como “puente” entre la Trinidad (punto 1 de nuestro desarrollo) y la comunicabilidad del Evangelio en el mundo (punto 3 de nuestro desarrollo).

lejanos e invitó a los excluidos. Este amor de Jesús expresado en su ardor al pueblo constituye, en efecto, la clave que debe impulsar a la Iglesia como comunidad creyente proyectada hacia la evangelización (cf. EG 24. 268). En otros términos, encontramos aquí la primera motivación de la evangelización: el amor de Jesús, ese amor que nosotros mismos hemos recibido y que nos mueve a amarlo siempre más, añade Francisco (cf. EG 264).

Dentro de esta óptica, el papa Pablo VI valora el origen de la Iglesia ratificando que la misma “nace de la acción evangelizadora de Jesús” (EN 15) y permanece como signo de la presencia del Hijo de Dios. Ella, en efecto, la prolonga y continúa (cf. *Ibid.*).

Considerando ambos aportes, podemos descubrir una primera concepción eclesial que encuentra su pilar fundamental en la vida que caracterizó al Hijo como enviado del Padre. Esta afirmación es la brújula en nuestro camino: como Iglesia, seguimos a Cristo. Él es el rostro visible de Dios, quien nos envió el Espíritu Santo. En él encontramos la dirección de nuestro peregrinar. Vuelven a renacer las palabras del Señor: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6).

2.2 *Una Iglesia creyente en el mundo*

Hasta aquí hemos considerado el fundamento de la Iglesia –como comunidad de creyentes– en donde la misma encuentra su origen y su punto culmen en el Dios Uno y Trino, visible en Cristo, cuya imagen describíamos anteriormente, a grandes rasgos.

A este eje, Pablo VI agrega la imagen de Pueblo de Dios inmerso en el mundo: pueblo que es tentado, con frecuencia, por los ídolos (cf. EN 15). A diez años del Concilio Vaticano II, Montini acentúa este paradigma que nos permite descubrir a la Iglesia que camina en medio de tentaciones y tribulaciones hacia la patria del cielo (cf. LG 9). En esta óptica, la Iglesia actúa como fermento de Dios en medio de la humanidad, anunciando y llevando la salvación al mundo que necesita respuestas que alienten, que den esperanza y nuevo vigor en el camino (cf. EG 114).

Desde aquí, el sucesor de Juan XXIII resalta la necesidad de una inserción de toda la comunidad eclesial en la actividad en la que los

hombres están comprometidos, en su vida y ambientes concretos (cf. EN 18). Este cometido tiene por finalidad “alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que estén en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación” (EN 19).

Décadas después, Francisco reafirmaba esta propuesta especificando que, a partir de este paradigma, emerge la urgencia de fortalecer una Iglesia inserta en el mundo de las periferias. “Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20), sostenía el papa Bergoglio.

En este contexto, las periferias constituyen ámbitos o sectores donde los pobres, enfermos, despreciados, olvidados son destinatarios privilegiados del Evangelio (cf. EG 48). De esta manera, la Iglesia es Pueblo de Dios, “de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre” (EG 114). Por ello, “tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado, y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio” (Ibid.). En síntesis, la Iglesia se presenta aquí como “una madre de corazón abierto” (EG 46) que tiene un lugar para cada uno con su vida.

Esta concepción tiene por fundamento un profundo amor por el hombre y su realidad, dato muy destacado en el documento postsinodal de Montini (cf. EN 18. 20. 79) y resaltado en este desarrollo. Desde este ideal, surge una actitud espiritual que el papa Francisco denomina la oración de intercesión (cf. EG 281-283), cuya fuerza se convierte en agradecimiento a Dios por la vida de los demás. De esta manera, “la intercesión es como ‘levadura’ en el seno de la Trinidad. Es un adentrarnos en el Padre y descubrir nuevas dimensiones que iluminan las situaciones concretas y las cambian” (EG 283).

Desde este breve panorama que destaca una Iglesia presente en el mundo que busca hacer realidad el Amor Trino, emerge una concepción eclesial que pone de manifiesto un permanente desafío en la vida de cada cristiano. Dicho concepto lo presentaremos y desarrollaremos –a grandes trazos– en el siguiente punto.

2.3 Una Iglesia creyente y discipular

Retomando las palabras de EN 15, intentaremos describir esta característica distintiva de la Iglesia. Notemos que, a través de dicho punto, se rescata una necesidad de conversión y renovación permanente de la Iglesia toda. En relación con este paradigma, el papa Francisco acentúa el pedido explícito de renovar el “encuentro personal con Jesucristo o, al menos, (...) tomar la decisión de dejarse encontrar por él” (EG 3). De este modo, describir a la Iglesia como “discipular” implica reconocer fundamentalmente al Maestro que cambió nuestra vida: Jesús (cf. EG 23).

De esta implicancia aparece un signo propio de la Iglesia discipular: la alegría, indicador que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo y que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana (cf. Mt 11, 25-30. EG 4. 6). Este enfoque fue plasmado también por Pablo VI bajo la denominación “la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (cf. EN 80), actitud vital centrada en la alegría que distinguió la vida del Señor. En otras palabras, se trata de una alegría cuya fuerza radica en compartir la experiencia de haber vivido un encuentro con una Persona, la del Maestro, que ha dado un nuevo horizonte a la esperanza del hombre (cf. DCE 1).

Además, esta concepción pone de manifiesto el carácter universal de la Iglesia, aspecto que es destacado por Francisco a través de la necesidad de llegar y escuchar a todos (cf. EG 31). Este mismo concepto era tratado por Pablo VI cuando señalaba “todos los ambientes de la humanidad” como destinatarios de la evangelización (cf. EN 18). En este sentido, la catolicidad eclesial no hace referencia únicamente a todos los hombres como receptores de un mensaje de Vida, sino que invita a reconocer la presencia del Dios amante en los demás. Esta tarea nos exige una señal empática en donde el hacernos débiles con los débiles, todo para todos (cf. 1Co 9,22) constituye una clave de aprendizaje que enriquece la propia vida. Así mismo, de esta manera, la Iglesia discipular busca crecer haciéndose visible y creíble como comunidad fraterna que intenta vivir el mandamiento del amor que nos dejó el Hijo amado del Padre (cf. Jn 13,1-15).

De un modo particular, la conciencia de Iglesia discipular también se acrecienta cuando nos preocupa e inquieta la vida de tantos hermanos

que viven sin horizontes, al margen de una amistad con Jesucristo. Esta realidad –que pone en evidencia una necesidad– reclama la actitud de salida explicitada en el mandato misionero del evangelio (cf. Mc 16,15). En esta clave, la Iglesia discipular va configurando su rostro desde la entrega y el martirio como testimonio explícito (cf. EG 24).

Este último concepto constituye el primer medio de evangelización según EN. Precisamente, el testimonio de vida lleva a cabo la predicación y el anuncio del Evangelio. El papa Montini lo continúa recordando: será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida como la Iglesia anunciará el Kerygma (cf. EN 15. 41). En pocas palabras, la propia vida adquiere aquí dos facetas íntimamente vinculadas. La misma es instrumento y espacio de evangelización. Dicho de otro modo, a través de ella y en ella se nos presenta la oportunidad para compartir el amor trinitario.

En esta perspectiva, –así como Jesús se presentó a Pedro, Andrés, Santiago y Juan en su contexto de trabajo (cf. Mc 1,16-20), al centurión ante la enfermedad de una persona cercana (cf. Mt 8,5-13), a Marta y María desde su gestos de hospitalidad (cf. Lc 10,38-42), etc.– también hoy el Mesías sigue manifestándose en los diversos ámbitos de nuestra vida: en la familia, el trabajo, la amistad, la pobreza, las pruebas de la vida y en tantas otras circunstancias del día a día.

Esto nos estimula, desde ya, a pedir un corazón sensible y misericordioso (cf. Lc 10,29-37) dispuesto a abrir nuestra vida –desde estas diversas condiciones– como lugar para descubrir la presencia de Cristo y concretar el anuncio de su mensaje.⁷

No obstante, recordemos nuevamente que este paradigma también nos invita a reconocer al mismo Señor en la vida de nuestro prójimo, especialmente de los pobres. Desde aquí, el Dios misericordioso nos ofrece nuevas claves de aprendizaje. Ya lo sostenía el papa Francisco: “Ellos (los pobres) tienen mucho que enseñarnos. (...). Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia” (EG 198).

7. Cf. V. M. FERNÁNDEZ; C. M. GALLI., *Discípulos misioneros, Un marco teológico-pastoral para la Quinta Conferencia de Aparecida*, 74.

En definitiva, hablar de una Iglesia discipular es mirar, en primer lugar, a Cristo que habita en mi vida y en la de los demás. De esta abundante presencia, nace la alegría de compartir el amor de un Dios que ha querido quedarse siempre y con todos.

3. La comunicabilidad de Dios en el mundo. Rasgos de la misión evangelizadora de la Iglesia: misericordia y justicia

Luego de nuestra visión sobre la imagen de Dios y de la Iglesia en las perspectivas de EN y EG, en este apartado queremos detenernos en una pregunta que articulará este momento de la reflexión: la comunicación y el lenguaje del anuncio evangélico de los discípulos misioneros ¿brindan respuestas evangélicas a las situaciones de la vida humana social, política, económica, cultural...? ¿Ambos factores tienen incidencia en el mundo en el que están insertos?⁸

¿Qué entienden EN y EG por mundo? Uno y otro documento invitan a que los discípulos misioneros de Jesús vivan insertos en el mundo con una actitud no mundana, sino como fermento del anuncio de Cristo Resucitado que fecunda y hacer madurar al mundo nuevo (cf. EN 5; EG 119).

¿Por qué referirnos al lenguaje? Lo observamos consonante en los objetivos que ambos papas se proponen en las respectivas Exhortaciones Apostólicas: alentar y ahondar al anuncio comunicación⁹ del evangelio a todo el mundo, esto es a los hombres de todos los tiempos, con un especial énfasis en los más pobres. Uno y otro observan la ausencia de fervor misionero manifiesto en la fatiga, el desaliento, la desilusión, la acedia, el individualismo, el desinterés, en la falta de alegría y de esperanza (cf. EN 74; EG 76ss). Podríamos decir que se trata

8. “¿Qué eficacia tiene en nuestros días la energía escondida de la Buena Nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre?” (EN 4).

9. El Documento de Puebla (DP) sintetiza la idea que hilvanará la propuesta comunicacional y evangelizadora de la comunión y la participación en dicho documento: “*La evangelización, anuncio del Reino, es comunicación: por tanto, la comunicación social debe ser tenida en cuenta en todos los aspectos de la transmisión de la Buena Nueva*” (1063). Observamos en esta expresión como el núcleo unificador y centrífugo de un renovado concepto de evangelización, ligada indisolublemente a la comunicación. En definitiva, desde este documento se asume la comunicación como una categoría que penetra y permea toda la actividad evangelizadora de la Iglesia.

en pocas palabras de una carencia de confianza en la comunicabilidad del evangelio en la vida humana social, política, económica, cultural, en las situaciones concretas de las personas y en la vida concreta de los pobres, interlocutores privilegiados del anuncio evangélico.

En apretada síntesis, el lenguaje es un sistema de signos que, articulados e intencionados por las personas humanas, puede convertirse en un medio que facilite la comunicación. El lenguaje posee una intencionalidad (la de comunicar) y no actúa sobre la persona humana individual, sino que lo hace sintetizando y recreando la larga tradición cultural que acompaña y obliga a mirar y leer la realidad con un determinado y limitado instrumental (cf. EG 45). Por ello la comunicación se da únicamente en las relaciones humanas (cultura), un tipo de comunicación en la cual además de la transmisión de datos y la producción de señales-estímulos y señales-respuestas pueden darse la simbolización y el diálogo. Comunicar viene del latín *communis*: “hacer común”.

3.1 El lenguaje de Jesús

El evangelista Marcos enuncia el mandato misionero de Cristo en pocas palabras: “Vayan por todo el mundo y proclamen la buena nueva a toda la creación” (16,15). La expresión señala la figura del pregonero que anuncia-comunica en alta voz una noticia hasta entonces ignorada. Cristo mismo se presentó como el mensajero del Padre. La fe no sólo es la clave para comprender las Escrituras, sino también la luz para reconocer y encontrar a Jesucristo en todas sus páginas. Si reflexionamos y discernimos la Palabra de Dios hallaremos en ella el testimonio sobre Jesús, ya que toda ella habla de él (cf. Jn 5,39). Por lo mismo, la comunicación de la fe y del Evangelio ocupan en la Biblia un puesto insustituible y primordial, ya que Jesús es el centro y el fin de la misma (cf. Jn 1,45; 2,2; 5,46; 8,56; 12,16.41;19,28.36; 20,9).¹⁰ Para tal fin Jesús convocó a discípulos y apóstoles (cf. Mc 3,13-19; Lc 8, 1-3; 10, 1-2), a fin de que ellos asumieran la figura de pregoneros.

10. R. BLÁZQUEZ, “La transmisión de la fe. Aspectos teológicos”, *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 25 de agosto de 2006, 8-11. 9.

La “comunicabilidad” de Jesús por medio de palabras y de signos revelaba su autoridad y cercanía manifestando la justicia y la misericordia del Padre. Observamos que el estilo comunicacional de Jesús, al dirigirse a los pecadores, a los marginados y excluidos de su tiempo, no se ajustó a los méritos de aquellos a quienes se dirige. Como tampoco se adecua a los resultados que pudiera obtener (cf. ES 29). Jesús entabla signos de comunicación con diversas personas y sus circunstancias como resultado de “tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo” (Jn 3,16). Muchos de sus interlocutores reconocieron en Jesús una figura profética que, como las de la antigüedad, proclamaba la Palabra de Dios. Jesús es un profeta y mucho más; es la “palabra dialogal” del Padre a toda la humanidad (cf. Jn 1,1-3; Col 1,15-20; Hb 1,1-3) y el modelo por excelencia del anuncio dialogal basado en el amor, el respeto y solidaridad (cf. GS 3).

3.2 La comunicación y el lenguaje de los discípulos misioneros

Ambos papas en sus respectivos contextos exhortan con vehemencia a la comunicabilidad de la Buena Noticia de Jesús (cf. EN 1. 5; EG 1. 24), pues el mundo o el modelo de vida humana social, política, económica, cultural, sufre procesos de deshumanización (cf. EG 51) que no puede dejar indiferentes a los discípulos misioneros que quieren asimilarse al estilo de comunicación de Jesús. Si para el Maestro el diálogo mediante palabras y signos con los pecadores, marginados y excluidos fue la manera de expresar el amor incondicional de Dios, la Iglesia está convocada a conservar y acrecentar ese don.

Según el papa Pablo VI, la comunicabilidad del Evangelio “no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre” (EN 29; cf. EG 181). La interpelación recíproca entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre es el puente y el lugar donde se fraguan pastoralmente la originalidad y la fecundidad de la inspiración cristiana en los diversos ámbitos indicados. Ya que la comunicación y el lenguaje del Evangelio se realizan al modo humano, asume la figura de diversos tipos de comunicación que habitualmente entablan los

hombres. El papa Montini señala (entre otros) el anuncio, la enseñanza y el testimonio.¹¹

El anuncio (cf. EN 42; EG 110) se centra en la sustancia del mensaje: “se inicia el reinado de Dios”, la salvación (cf. Mc 1,14-15; Lc 4,14-21). La fe nace del anuncio/pregón y provoca una respuesta personal (cf. Rm 10,14-15). Para Pablo VI, la Iglesia tiene en el anuncio del Evangelio su gracia, su vocación e identidad propia. Luego la buena noticia comunicada de modo sumario en el anuncio, deviene en enseñanza (cf. EN 44; EG 163-168), y se convierte en una doctrina de vida que requiere ser reflexionada, experimentada y profundizada. La enseñanza crea discípulos que, en el sentido evangélico del término, siguen a Jesús. El testimonio (cf. EN 41. 21. 76; EG 121) asume el anuncio y la enseñanza, como algo que el mismo discípulo proclama. Testimoniar es declarar la verdad de algo que uno ha visto o escuchado, y de lo cual está cierto, a quienes no tienen esa certeza o persuasión. Para Pablo VI, “las condiciones de la sociedad en que vivimos nos obligan, por tanto, a todos (obispos, sacerdotes y laicos), a revisar los métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual se podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana”.¹²

El papa Francisco en EG asumiendo lo propuesto por Pablo VI debido al debilitamiento del fervor misionero de la Iglesia, insiste en que el anuncio, la doctrina y el testimonio deben interpretar empáticamente las situaciones concretas de las personas en su vida cotidiana desde “la mirada del discípulo misionero, que se ‘alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo’” (EG 50). Lo hace convocando a una impostergable renovación eclesial (cf. EG 25-33) sostenida desde la conversión pastoral y misionera “capaz de transformarlo todo” (cf. EG 26-27), lo que incluye ante los enormes y veloces cambios culturales prestar “una constante atención para intentar expresar las verdades de siempre en un lenguaje que permita advertir su permanente novedad” (EG 41, cf. 27, 34, 39, 45, 62, 73, 167). Observamos cierto énfasis en EG acerca del lenguaje con el que anunciamos, enseñamos o

11. Cf. AA.VV., *Comentario a la Evangelii Nuntiandi*, Buenos Aires, Patria Grande, 1978, 247-257.

12. PABLO VI, “Discurso a los cardenales de la Curia Romana”, *L Osservatore romano*, edición semanal en lengua española, 1 de julio de 1973, 12.

testimoniamos el Evangelio. El papa Francisco sobre el lenguaje y la transmisión del Evangelio expresa: “Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario” (EG 35).

Si “evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios” (EG 176), a lo que Pablo VI agregaba que “ninguna definición parcial o fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla” (EN 17), sin ánimo de ser exhaustivos, ¿qué es lo esencial que debería identificar, según EN y EG, la comunicación y el lenguaje del Evangelio de manera que puedan brindar respuestas a los interrogantes de las personas?

Tanto en EN como en EG lo esencial que anunciamos, enseñamos o testificamos es dejarnos amar por Dios y amarlo con el mismo amor que Él mismo nos comunica, lo cual provoca en el discípulo misionero una inseparable conexión entre la recepción del anuncio de salvación y un efectivo amor fraterno. El amor de Dios se comunica expandiéndose a los hombres “haciendo el bien” y una de las formas privilegiadas de practicarlo es la “promoción integral de las personas” (cf. EN 31; EG 182) y particularmente de los más pobres, marginados, excluidos o sobrantes de la sociedad actual (cf. EN 30; EG 186-216). En la comunión Trinitaria los pobres tienen un espacio privilegiado ya que el Hijo de Dios encarnado “se hizo pobre” (2Co 8,9). “Si esta opción (por lo pobres) está implícita en la fe cristológica, los cristianos –como discípulos y misioneros– estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos” (DA 393; cf. EN 9. 12; EG 48).

El clamor del pobre que se eleva hacia Dios, suscitado por el Espíritu, es como una gran epiclesis sacramental humana que sube al Padre por medio de la Iglesia y conmueve sus entrañas de misericordia. El fundamento de la evangelización de los pobres es teológico, se basa en la psicología de Dios, el corazón tierno y compasivo del Señor que no quiere ver sufrir a la humanidad y se indigna ante la injusticia que provoca pobres y que rompe su proyecto de vida para todos: el Reino de Dios (cf. DP 1142).

Una comunicación y lenguaje evangélico que brinde respuestas a los pobres, para Pablo VI, está signado por la promoción de la liberación integral de las personas. Por ello no puede reducirse al anuncio o testimonio de una liberación socioeconómica. Esto llevaría a la Iglesia a perder su significado más profundo (cf. EN 29 ss.; EG 199). Así mismo, el papa Francisco afirma que el imperativo de escuchar el clamor de los pobres se puede hacer realidad a través de oídos de misericordia (cf. EG 193) y con el compromiso de una atención amante que genere cercanía empática y liberadora (cf. EG 199).

La misericordia en su acepción bíblica implica compasión (*rahamin*) y fidelidad (*hesed*). El primero reside en las entrañas, en el seno materno y es el cariño o la ternura que nos mueve a aliviar la indigencia en el otro. El segundo indica el vínculo que une a dos seres e implica fidelidad. La misericordia si bien supone la actitud de apertura sensorial, no termina en algo accesorio o facultativo, pues como expresión del amor es un compromiso con Dios y con el prójimo de modo consciente y voluntario (cf. Mt 25,31-46). Se convierte en una respuesta interior, en fidelidad con uno mismo, que se identifica con la indigencia del otro.¹³

La misericordia identificada con la fidelidad en la situación del prójimo es la que asume no sólo lo eventual de la indigencia o necesidad, sino la responsabilidad de promover integralmente la dignidad de las personas, erradicando las estructuras injustas que provocan la indigencia y el sufrimiento. “En las justas aspiraciones a la libertad se nos recuerda que no se trata sólo de un derecho de nuestra parte, sino de un deber ante los otros (1Co 8,9. 9, 19; Gal 5,13; 1P 2,16)”.¹⁴ En lo que hace a la lucha por la dignidad humana, la caridad no es sustituida, sino que la supera (cf. Mt 20,15), pues es transformadora de la justicia legalista en justicia justificante, es decir capaz de misericordia y perdón, al modo de la justicia divina (cf. Is 41,2. 10; 42, 6. 21; 45, 13. 19ss).

La misericordia y la justicia son lenguajes homogéneos y concordantes que brindan alguna respuesta a las necesidades de la vida

13. Cf. X. LEÓN DUFOUR, “Misericordia”, en: X. LEÓN DUFOUR, *Vocabulario de Teología Bíblica*, Barcelona, Herder, 1978, 542-546.

14. M. SBAFFI, “Caridad”, en: S. DE FIORES y T. GOFFI, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, Paulinas, 1983, 135.

humana social, política, económica, cultural,... al mundo en el cual están insertos los discípulos misioneros de Cristo. La misericordia, practicada como compasión y promoción de la dignidad humana, expresa y expone la dimensión social del amor de caridad, es decir, de la fidelidad al Espíritu de Dios. Donde haya comunicación y lenguaje evangélico que se traduzca en acciones concretas para aliviar misericordiosamente las necesidades del prójimo y especialmente de los pobres, allí está el Espíritu de Dios, y donde está esa fidelidad al Espíritu que nos lanza al compartir la alegría del Evangelio (cf. EN 80; EG 2-8), a comunicar la misericordia fiel, está la posibilidad de un cielo nuevo y de una nueva tierra (cf. Ap 21,1-5; Is 60-62).

Las situaciones de la vida humana social, política, económica, cultural, son significativas para la Iglesia, que es llamada a descubrir en ellas indicaciones del mismo Espíritu que la interpelan a comprender el sentido de la Palabra de acuerdo a las exigencias de los diversos tiempos, a fin de que exprese vivamente su misión evangelizadora. “Es deber de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos y de interpretarlos a la luz del Evangelio...” (GS 4). En esa perspectiva, ambas Exhortaciones se ubican en la teología de los signos de los tiempos.

Evangelizar: arriesgar a la Caridad desde la pobreza, la misericordia y la justicia

En un período de casi cuarenta años que separan a un documento de otro hemos avanzado en algunas de las directrices misioneras destacadas por ambos pontífices.

Ambas son “Exhortaciones” que animan e impulsan a proseguir y recrear la misión de la Iglesia: proclamar la Buena Nueva del reino de Dios en el mundo. Una y otra se caracterizan por el sesgo “pastoral”¹⁵ impulsado por el Concilio Vaticano II: EN ligada a los diez

15. “‘No ha de entenderse la evangelización como una transmisión de una verdad, sino como la encarnación del evangelio en la realidad histórica contemporánea’. El intenso esfuerzo de la pastoral, en todas la Iglesias y bajo las formas más variadas, ilustra cumplidamente este principio que, sin detrimento para la enseñanza magisterial, parece imponerse ahora en la vida la Iglesia. No se trata de recetas más o menos mejoradas para organizar una pedagogía más eficaz, tanto

años de la clausura del Concilio Vaticano II y EG en una etapa eclesial de práctica e interpretación del Concilio que transita la celebración de las cinco décadas de este evento y acontecimiento.

En ambos documentos se remarca como lo vimos en el primer momento de la reflexión la experiencia de encuentro con el Dios del Amor, aspecto relevante y diagramador de la antropología cristiana y soporte de la espiritualidad en la comunidad de los discípulos misioneros. Lo que anunciamos, enseñamos o testimoniamos es fruto del amor de Dios que nos supera con generosidad.

El mandato de la Iglesia como lo señalamos en el segundo momento es hacer presente (hoy) el amor de Cristo a todos los hombres, ésta es la nota distintiva de la comunidad de creyentes, de los discípulos misioneros. Después de Jesús, la Iglesia bajo el impulso del Espíritu Santo continúa la comunicación de la Buena Noticia, adaptándola a las culturas y las situaciones socio-históricas de la humanidad como lo observamos en el último momento de la reflexión.

Estas perspectivas indican que hay continuidad en el paradigma misionero entre una y otra Exhortación Apostólica, pues en todo tiempo y circunstancia es necesario y urgente la necesidad de comunicar la Caridad de Dios para la alegría de la humanidad. Además descubrimos que entre Evangelización y Caridad existe un vínculo inseparable: la Caridad divina es el punto de partida para toda acción evangelizadora.

En este sentido, el Amor Trinitario origina un proceso que invita inicialmente a la persona a reconocer su propia pobreza o bien, su necesidad de ser amado. Así, la propuesta cristiana nos enseña que sólo a través de esta actitud, podrá el hombre ser enriquecido. En esta óptica, los documentos analizados subrayan que serán especialmente los pobres quienes enriquecerán nuestra pobreza.

Este paradigma –cimentado en Cristo que se hizo pobre para enriquecernos– constituye un signo de los tiempos que la Iglesia debe

en la catequesis como en la predicación, sino de restituir a la 'pastoral' su función motora en la comunidad creyente de la misma Iglesia y en la actuación de la tradición revelante. De este modo se correlacionan positivamente lo *doctrinal* y lo *pastoral*". M. D. CHENU, "Nueva conciencia del fundamento trinitario de la Iglesia", *Concilium* 166 (1981), 346. Destacados del autor.

acoger constantemente desde la oración y la praxis. Considerando estas últimas claves, se le presenta a la comunidad eclesial un desafío de carácter permanente: salir, “primeriar” (EG 24), ir al encuentro de los necesitados.

Evangelizar es la misión que parte de la Caridad y que continúa buscando esa Caridad; en cada pobre y en cada situación de la vida cotidiana de las personas. Así, los discípulos misioneros reafirmamos que nuestra vida se convierte en un tesoro, si la dejamos iluminar por el Dios del amor y la hacemos praxis de misericordia-justicia con los otros, especialmente los marginados. Las orientaciones de Pablo VI y Francisco nos abren a la acción del Espíritu Santo para seguir edificando un paradigma misionero en donde la Iglesia busque siempre reflejar el amor de ese Dios que nos amó primero (cf. 1Jn 4,10).

PBRO. LIC. DANIEL JUNCOS – P. DR. LUIS O. LIBERTI SVD
15.05.14 / 20.08.14